

CUBA GOLPEADA

Al cabo de un decenio tras la «caída del comunismo», el triunfo universal del capitalismo, que suele considerarse un *fait accompli*, está sin embargo lejos de haberse convertido en una realidad absoluta. El colapso de la Unión Soviética y de los regímenes de Europa oriental no se ha visto seguido de inmediato por la defunción de China, Vietnam, Corea del Norte o Cuba. La opinión más extendida es que sólo se trata de una cuestión de tiempo. Pero por el momento esas sociedades no se han deshecho, y sus experiencias, tan diversas, exigen atención y análisis. Entre todas ellas, el caso de la Cuba posrevolucionaria es quizás el más notable: a diferencia de la República Popular China, Cuba no se ha abierto al mercado de valores, ni ha alabado *Titanic*, ni se ha beneficiado, como Vietnam, de créditos e inversiones japonesas; tampoco ha entrado en hibernación como le ha sucedido a la República Democrático-Popular de Corea hasta este año. El choque traumático sufrido por su economía a partir de la descomposición del bloque soviético fue mayor que el de Alemania oriental o Corea del Norte, a pesar de lo cual ha conseguido atravesar esta década sin caer en el desempleo masivo ni el hambre. Lo que no quiere decir que el «período especial en tiempo de paz» (eufemismo oficial para el estado de emergencia a vida o muerte proclamado por Fidel Castro en 1991) no haya producido profundas heridas en la sociedad cubana, cuya recuperación completa sigue siendo aún incierta. Pero para comprender la situación actual de la isla sigue siendo esencial mirar al norte, al poder imperial que ha emprendido contra ella hostilidades incesantes durante cuarenta años. El destino de la revolución estará determinado tanto por la evolución de Estados Unidos, como por el desarrollo de los acontecimientos en la propia Cuba. Últimamente, las relaciones entre ambos países han experimentado un cambio, adoptando un nuevo y llamativo modelo. Tras un largo período durante el cual Cuba quedó al margen del interés internacional, el psicodrama del caso Elián González ha vuelto a atraer la atención mundial hacia la revolución cubana. Este asunto, sobre el que se han volcado los medios de comunicación de Estados Unidos durante medio año, ofrece una oportuna lente para examinar los perfiles de la relación entre ambos países.

Elián

El 25 de noviembre del año pasado, un pescador estadounidense encontró a un niño de seis años, Elián González, flotando sobre una balsa neumática cerca de la costa de Florida. Su madre se lo había llevado en

ella de Cuba, lanzándose al mar junto con su amante y otras nueve personas a bordo, y la balsa había zozobrado. El padre de Elián, Juan Miguel González, vivía separado de la madre y no tenía noticia de su huida. Le llamaron desde el hospital de Miami al que condujeron a Elián después de que éste diera su nombre y número de teléfono. Juan Miguel pidió que lo devolvieran a Cuba, pero la dirección del hospital decidió entregarlo a Lázaro González, un tío-abuelo que el niño no conocía. Elián se convirtió casi inmediatamente en símbolo para gran parte de la comunidad cubana exiliada en Florida. Ya el 30 de noviembre aparecieron carteles en la conferencia de la OMC en Seattle, pidiendo que se le concediera asilo en Estados Unidos. A comienzos de diciembre, un tribunal de Florida confió a Elián a su tío-abuelo, quien se negó a devolverlo a su padre arguyendo que constituiría un crimen enviar a Elián a vivir bajo una tiranía comunista. Más tarde se supo que la juez de origen puertorriqueño que pronunció esa sentencia tenía negocios en común con Lázaro González, además de afinidad política. Elián fue llevado a Disneylandia en una visita a la que se dio toda la publicidad imaginable, se le fotografió envuelto en la bandera estadounidense, y se presentó en su nombre una demanda de asilo en Estados Unidos.

La petición de Juan Miguel González de que le devolvieran a su hijo a Cuba había llegado mientras tanto al Servicio de Inmigración y Naturalización estadounidense, que siguiendo el procedimiento habitual estaba dispuesto a concederle la custodia en cuanto probara su paternidad y que no existían pruebas contra él de maltrato al niño. Un representante del Servicio en cuestión se entrevistó con Juan Miguel el 16 de diciembre, y a comienzos de enero el SIN aceptó que se trataba efectivamente del padre de Elián, que era una persona honrada, sin cargos en su contra, y que el niño debía, por lo tanto, ser devuelto a Cuba. Pero Lázaro González, esgrimiendo la sentencia del tribunal de Miami, proclamó que él era el tutor legal del niño y que se negaba a entregarlo a su padre. No argumentó que Juan Miguel fuera un mal padre, sino simplemente que sería mejor para Elián crecer como ciudadano libre de un país libre. En Miami, Elián se había convertido en una imagen milagrosa de salvación política, mientras que en Cuba su retención en Florida despertó una incredulidad e irritación generalizada: ¿cómo podían amparar las autoridades estadounidenses el secuestro del niño por unos parientes lejanos con los que no había tenido pasta entonces ninguna relación? Se produjeron manifestaciones masivas de protesta.

En febrero se concedieron visados a ambas abuelas de Elián, quienes reclamaban su vuelta a Cuba, para entrar en Estados Unidos y encontrarse con él, en condiciones de estrecha vigilancia, durante algo más de una hora. Una de ellas llevaba consigo un teléfono móvil que sonó mientras estaban junto a Elián: habían preparado este pequeño truco para que éste pudiera hablar con su padre, pero el teléfono fue inmediatamente confiscado. Cuando las abuelas volvieron a Cuba, se las acogió con manifestaciones aún más multitudinarias que las que habían tenido lugar en enero. Juan Miguel declaró que estaba dispuesto a viajar a Estados Unidos en cuanto se le garantizara que podría llevarse a su hijo consigo a Cuba, y que el gobierno estadounidense estaba obligado a devolverle a Elián sin tener que entablar un largo proceso judicial en territorio extranjero. Pero en marzo tuvo

que contratar a un abogado norteamericano —antiguo planificador del Departamento de Estado y consejero de Clinton—, quien consiguió visados de entrada en Estados Unidos para él, su nueva esposa Nersy y el hijo pequeño de ambos, Hianny. Tras una entrevista con Fidel Castro, el fotogénico trío, con el padre acunando a su bebé en brazos, llegó a Washington el 7 de abril, donde Juan Miguel ofreció una breve alocución, agradeciendo el apoyo de muchos estadounidenses y pidiendo que se le permitiera ver a Elián. Fue en esos días cuando el eco del asunto Elián en los medios de comunicación estadounidenses alcanzó su punto más alto. Juan Miguel, miembro del Partido Comunista de Cuba, bien trajeado y atlético, con un puesto de trabajo en la industria turística, fue objeto de reportajes en *Newsweek* y *Time*, en los que quedó claro que, a pesar de la ruptura con la madre, había seguido manteniendo una relación muy estrecha con Elián, quien dormía en casa de su padre más frecuentemente que en la de su madre. Gran parte de la opinión pública norteamericana se inclinó entonces por la opción de permitir el regreso de Elián a Cuba. Pero la comunidad cubana exiliada en Miami, junto a sus aliados en *The Wall Street Journal* y en otros lugares, rechazaban clamorosamente la idea de que el niño pudiera ser entregado a una tiranía comunista.

En la mañana del sábado de Pascua, 22 de abril, se acabó resolviendo el conflicto entre el SIN y los tribunales de Florida cuando varios policías federales entraron rifle en mano en la casa de Lázaro González en Miami, sacaron a Elián de un armario donde lo habían ocultado y se lo llevaron a una base aérea cercana a Washington, donde pudo por fin reunirse con su padre. La reacción de la comunidad cubano-americana de Florida fue inmediata y masiva. Una huelga general paralizó La Pequeña Habana el 25 de abril, produciéndose manifestaciones en las que se acusaba a la ministra de Justicia Janet Reno de haber secuestrado por la fuerza a Elián. En las subsiguientes semanas se mantuvieron altos niveles de movilización emocional, pero también comenzaron a aflorar los antagonismos latentes entre las comunidades cubano-americana y angloamericana, por no hablar de la comunidad negra, al tiempo que la opinión pública estadounidense apoyaba la decisión del Departamento de Justicia. En los dos meses que siguieron, mientras que los abogados de Lázaro González presentaban apelaciones en diferentes tribunales, Juan Miguel y su hijo vivieron ocultos en o cerca de Washington, junto a cuatro compañeros de clase de Elián y su profesor, a los que se había permitido acudir desde Cuba para que pudiera proseguir sus estudios. Finalmente, tras semanas de exhaustivo seguimiento del asunto por los medios de comunicación, que llegaron a superar incluso la fijación que experimentaron en su momento hacia lady Di, el Tribunal Supremo desestimó la demanda de Lázaro González y el 29 de junio padre e hijo pudieron salir en un vuelo *charter* hacia Cuba, transmitiéndose la partida en directo en las horas de más audiencia de la televisión estadounidense.

Miami

Este incidente, tan atractivo para la prensa sensacionalista, y que de modo repentino exponía a la luz pública un conjunto de fuerzas habitualmente oculto, si bien despertó cálidas emociones, exige también un análisis frío

de las relaciones triangulares entre Washington, Miami y La Habana, determinadas en gran medida por la especificidad única de la comunidad cubana en Estados Unidos. Todas las revoluciones han generado colonias de exiliados en el extranjero, de Saint-Germain a Koblenza, de Harbin a Dharmasala, pero ninguna ha dado lugar a una concentración contrarrevolucionaria de poder y riqueza como la de Miami. La emigración cubana a Estados Unidos está en torno a 1.370.000 personas, lo que equivale apenas al 4 por 100 del total de hispanos del país; pero la renta familiar media ronda los 40.000 dólares anuales, con una suma que se acerca a los 14.000 millones, es decir, superior a la mitad del PIB cubano, que se estima en unos 23.000 millones de dólares para una población total de doce millones de habitantes¹. En el terreno económico, se trata probablemente de la colonia de inmigrantes con mayor éxito en toda la historia de Estados Unidos, habiendo acumulado a lo largo de cuatro décadas activos muy superiores a los de cualquier otro grupo inmigrante de tamaño parecido. Los fundamentos de esa fortuna se establecieron a partir de las inversiones de cubanos acaudalados en Estados Unidos anteriores a la revolución, del alto nivel de cualificación profesional de la primera oleada de exiliados en 1959 (alrededor de 215.000) y de las sustanciales subvenciones clandestinas de la CIA a los negocios emprendidos por los recién llegados. Pero el dinamismo empresarial se vio asistido también por una intensa movilización ideológica, con préstamos fáciles de unos exiliados a otros, el desarrollo de redes cooperativas de negocios y el empleo de la solidaridad étnica para sortear la sindicalización². El marco regional era además muy favorable para los dos tercios de la comunidad establecidos en Florida, donde el período de expansión que se vivió durante la presidencia de Reagan ofreció las tasas de crecimiento más elevadas de todos los Estados de la Unión. El resultado ha sido un panorama floreciente de pequeños y medianos negocios, con una capa de personas muy ricas en los negocios inmobiliarios, la banca y la construcción. Durante la década de 1990, Miami parecía como un híbrido de Coblenza y Klondike.

El espectacular crecimiento de la economía cubana en Florida ayudó a su vez a la comunidad de exiliados a preservar su identidad cultural hasta un punto no alcanzado por ningún otro grupo inmigrante en los tiempos recientes. Lejos de asumir las normas estadounidenses de comportamiento (esto es, las de los angloamericanos), la población cubana en Miami no sólo siguió hablando español, sino que lo elevó a lengua dominante, ya que se convirtió en el bloque electoral más extenso y acabó por hacerse con el control de la ciudad. La influencia de los exiliados cubanos ha hecho de Miami, a todos los efectos, una de las metrópolis latinoamericanas más importantes, en vez de un área urbana típica de Norteamérica. Como es obvio, el crecimiento de ese enclave exótico no fue bien recibido por la

¹ Ajustando las cifras de 1993, la renta familiar media de la comunidad de Miami estaría actualmente por encima de los 50.000 dólares, siendo, por lo tanto, más elevada que la media nacional de los anglo-norteamericanos. Véase J. CASTRO, «De Agentes a Arquitectos», *Encuentro de la cultura cubana* 15, invierno de 1999–2000. Esta revista, publicada en Madrid, refleja el punto de vista cultural de los exiliados liberales.

² Para una descripción de esa red, véase Alejandro PORTES y Alex STEPIC, *City on the Edge: the Transformation of Miami*, Berkeley, 1993, pp. 139–144.

clase dominante blanca tradicional del sur de Florida, como atestiguaban las continuas denuncias del ascenso social de los advenedizos por parte del *Miami Herald*. En 1980, un referéndum vengativo bloqueó la educación bilingüe en la ciudad. Fue entonces cuando el poder económico de la comunidad cubana se transformó en una fuerza política a escala nacional. Fue el presidente demócrata Kennedy quien organizó y armó a los exiliados cubanos para la reconquista de su patria, pero tras el fracaso de la Bahía de Cochinos y la tensión de la crisis de los misiles, el apoyo estadounidense a la contrarrevolución activa se limitó a la connivencia con el sabotaje a pequeña escala y con los esfuerzos por asesinar a Fidel. La elección de Reagan marcó un nuevo planteamiento. En 1980, la nueva Administración ayudó a poner en pie la Fundación Cubano-Americana, bajo la presidencia del millonario magnate de la construcción Jorge Mas Canosa, quien había participado en el desembarco en Playa Girón.

La Fundación Cubano-Americana

Al cabo de muy poco tiempo, la Fundación había alcanzado una sólida hegemonía sobre la comunidad cubana en Estados Unidos, actuando de hecho como su dirección política nacional. Mas Canosa, un autócrata de energía y ambición ilimitadas, no toleraba oposición alguna en la organización, generosamente financiada por las grandes fortunas del exilio. Su objetivo seguía siendo el derrocamiento del gobierno revolucionario de Cuba, que ya había intentado empuñando las armas, por otros medios: «Tuvimos que sacar la lucha de la Calle Ocho y del Estadio de Miami para llevarla a los centros de poder. Tuvimos que interrumpir las acciones de comando y concentrarnos en la influencia sobre la opinión pública y los gobiernos»³. El modelo que adoptó para las operaciones de la FCA fue el del *lobby* más poderoso que opera en la política exterior estadounidense: el Comité de Acción Política Americano-Israelí. Como el propio Mas Canosa confesaba sin rodeos: «Pronto nos dimos cuenta de que para influir en el sistema político estadounidense teníamos que copiar el modelo judío, y nos aliamos estrechamente con el *lobby* y el movimiento judíos en Washington»⁴. Si el CAPAI estaba profundamente inserto en las filas del partido demócrata, sin minusvalorar por ello las eventuales ayudas que les podían venir del republicano, la FCA podía ser igualmente bifronte, apoyándose en sus respaldos republicanos, pero sin olvidarse de establecer lazos con los demócratas. La competencia entre ellos por sus favores sólo podía beneficiar a la causa.

Cuando los regímenes comunistas en Europa oriental cayeron en 1989, la Fundación dedujo que había llegado el momento de derrocar a Castro. Pero al presionar para que la legislación estadounidense impidiera el envío de dinero por los exiliados a sus parientes y declarara susceptibles de embargo los bienes de cualquiera que comerciara con la isla, entraron en conflicto con la Casa Blanca. Bush no quería provocar a aquellos de sus

³ Véase María Cristina GARCÍA, *Havana USA: Cuban Exiles and Cuban Americans in South Florida, 1959–1994*, Berkeley, 1996, p. 147.

⁴ Véase Miguel GONZÁLEZ-PANDO, *The Cuban Americans*, Westport, 1998, p. 158.

aliados que mantenían relaciones comerciales con Cuba, que cuestionarían sin duda la legalidad de las sanciones que infringieran sus derechos soberanos; el gobierno canadiense llegó a amenazar con expulsar del país a cualquier empresa estadounidense que pretendiera hacer uso de la legislación propuesta. La FCA, sin amilanarse, y con el fin de sacar adelante la ley que había pergeñado, se aseguró los servicios de la rastrera figura de Robert Torricelli, congresista demócrata por Nueva Jersey, donde habita, en Union City, la segunda comunidad cubana en Estados Unidos; casualmente se trataba de un conspicuo miembro del *lobby* israelí. En abril de 1992, creyendo que «la Administración había perdido una gran oportunidad de descargar la maza sobre Fidel Castro y Cuba», Clinton declaró su apoyo a la ley Torricelli y le ayudó a superar los obstáculos en el Congreso en septiembre, quedando aprobada como la *Cuba Democracy Act*⁵. La firma de ésta por parte de Bush no le salvó de posteriores ataques de Clinton, quien le acusó de haber sido demasiado tolerante con Cuba. En 1994, haciendo caso omiso a sus consejeros, Clinton cortó los envíos de dinero por parte de familiares residentes en Estados Unidos a Cuba a instancias de la FCA⁶. Dos años después, la Fundación presentó una segunda ley punitiva en el Congreso, esta vez patrocinada por los republicanos Jesse Helms y Dan Burton, denominada *Cuba Liberty and Solidarity Act*, que reforzaba el embargo y establecía represalias contra las empresas extranjeras que comerciaban con la isla, lo que fue aprobado por Clinton junto a otras medidas que le procuraron la financiación necesaria para su campaña de reelección. La «ley de la libertad», como la llamó, «reafirma nuestra determinación de ayudar a que la marea de la democracia llegue a las costas de Cuba».

Fueron notables logros de la Fundación, pero no dieron el resultado esperado. Fidel Castro no cayó. La economía cubana comenzó a recuperarse. En 1997 murió Mas Canosa, que había contado con un regreso triunfal a La Habana. Al año siguiente, la visita del Papa a Cuba puso en un brete a la

⁵ Para el discurso de Clinton, véase Christopher HITCHENS, «Minory Report», *The Nation*, 8 de junio de 1992. En cuanto a Torricelli, véase *Miami Herald*, 28 de septiembre de 1992: «“Es un mal día en La Habana”, exclamaba exultante el congresista Robert Torricelli, un demócrata de la línea dura que disfrutaba atacando a la Administración Bush desde la derecha».

⁶ «La decisión de castigar directamente a Castro, interrumpiendo el flujo de dólares enviados por las familias y limitando el número de vuelos *charter*, entre otras medidas, vino directamente de Clinton. De hecho, el presidente descartó un conjunto de medidas menos rigurosas preparado por sus consejeros, prefiriendo el plan defendido por muchos exiliados de la línea dura, incluido Jorge Mas Canosa. La decisión se tomó en una reunión a altas horas de la noche en la Casa Blanca, a la que acudieron varios dirigentes cubano-americanos de Miami. Cuando uno de ellos observó lo impresionados que estaban por la comprensión de Clinton de toda la situación, éste explicó que desde 1990 se había preocupado por conocer a fondo la situación de Cuba y de la comunidad de exiliados. Durante sus visitas al sur de Florida, el gobernador de Arkansas —guiado por su cuñada, exiliada cubana— caminó por las calles de La Pequeña Habana [...] Clinton hizo más en pocos días por acosar al dictador cubano que cualquier [presidente] republicano en la década de 1980»; Tom FIEDLER, «A Look behind Bill Clinton, Cuba Stance», *Miami Herald*, 28 de agosto de 1994.

opinión católica de la comunidad cubana en Florida, que por otra parte era ahora más abigarrada: los emigrados de las décadas de 1980 y 1990 no gozaban de una situación social tan privilegiada ni hacían tan buenos negocios como sus predecesores. Mantenían más lazos con la isla, y entre ellos se encontraba cierto número de artistas y escritores de talento que contribuyeron a hacer de Miami un centro cultural, con una Feria del Libro y un Festival Internacional de Cine que atraían participantes de España y América Latina. Aunque la gran mayoría de la comunidad cubana seguía siendo ferozmente revanchista (según las encuestas realizadas, dos terceras partes habrían apoyado una invasión a gran escala de Cuba por parte de Estados Unidos), en su interior iba formándose una base para corrientes de opinión más liberales o apolíticas. La dirección de la FCA, entretanto, siguiendo el ejemplo de Trujillo o Duvalier, había pasado al hijo de Mas Canosa, Jorge Mas Santos, quien se mostró incapaz de reeditar los éxitos de su padre.

En este contexto, el rescate de Elián se convirtió en auténtico maná para la Fundación. Mas Santos apreció inmediatamente el potencial del asunto, y actuó sin demora, proporcionando a Lázaro González respaldo económico y apoyo legal en la presentación de la solicitud de asilo para Elián. En diciembre encomendó a su jefe de seguridad, Mario Miranda, la organización de una guardia permanente en torno a la casa de Lázaro, frente a la cual se erigió un santuario en el que se mostraba al *niño Elián* rescatado por delfines y la Virgen María. Los macarras de una banda callejera denominada *Latin Kings* rondaban por los alrededores. Lincoln Díaz-Balart, representante republicano del sur de Florida en el Congreso, trató de convencer a sus compañeros de partido para convocar a Elián a fin de que testificara en el Congreso. Con toda esta actividad, la Fundación consiguió reafirmar su autoridad moral en la comunidad de exiliados y agrupar de nuevo a la opinión cubano-americana tras sus estandartes. Las pasiones se exaltaron hasta el punto de que cuando el SIN se opuso a la concesión del asilo, varios miles de manifestantes recorrieron las calles de la ciudad gritando: «Construimos Miami, y la quemaremos ahora si se llevan a Elián».

Reacción enfurecida

La presión de la Fundación se mostró igualmente formidable a escala nacional. Por parte republicana, ambos hermanos Bush (Jeb dirigió la campaña de uno de los candidatos al Congreso de la FCA, antes de convertirse en gobernador de Florida) respaldaron la demanda de asilo. Por parte demócrata, Gore se apresuró a pedir que se concediera la ciudadanía estadounidense a Elián. Su director de campaña, Tony Coelho (un político obligado a dimitir de su puesto en el Congreso, algo verdaderamente infrecuente, a causa de un enredo financiero), estaba en estrecho contacto con Mas Santos, mientras que su aliado Jon Corzine, antiguo presidente multimillonario de Goldman Sachs que figuraba como candidato demócrata para el otro escaño senatorial por Nueva Jersey, emulaba la verborrea de Torricelli contra Cuba. Sin embargo, ganarse el apoyo de patrocinadores de gran relieve era una cuestión y conseguir un amplio respaldo de la opinión pública otra muy distinta. La iniciativa de la Fundación topó con dos serios obstáculos: ideológicamente, la demanda de que un niño de seis años

fuera separado de su padre como refugiado político ponía en directa contradicción dos de los conceptos más apreciados del sistema de valores norteamericano: «libertad» (huida de la tiranía comunista) y «familia» (fundamento de la moralidad). El apoyo de los anglos al secuestro fue expresado con fervor por personajes anticomunistas de la talla de George Will y Amity Shlaes. Pero la decisión del SIN sobre la custodia del niño fue tajante, conforme al dictado de sentido común de devolverlo a su padre. Muchos comentaristas que en todas las demás cuestiones se oponen implacablemente a Cuba se sintieron incómodos ante la perspectiva de tener que contravenir demasiado abiertamente los valores familiares⁷.

Hubo otra dificultad añadida, ésta de carácter más endógeno. El meteórico éxito de la comunidad cubano-americana en Florida, y el papel dirigente que en ella representa la FCA, había irritado durante mucho tiempo a otros grupos: anglos locales, negros y otros hispanos. El rechazo de La Pequeña Habana a plegarse a las presiones habituales para incorporarse a los Estados Unidos de habla inglesa, su combativo mantenimiento del español y su orgullosa identidad cultural han constituido siempre una afrenta para el sentimiento chauvinista estadounidense. Una vez que la comunidad había entrado en conflicto con las autoridades federales, mostrándose dispuesta incluso a desafiar la majestad del departamento de Justicia, la hostilidad latente hacia el intruso no estadounidense estalló abiertamente en todo el país, en una reacción irónicamente similar al rencor norteamericano frente al reto continuo que para Washington representa la revolución cubana. Las mordaces denuncias de la actitud de Miami por parte de columnistas como Thomas Friedman, occidentalista triunfal y patriotero número uno del *New York Times*, hablan por sí mismas. La atención dedicada a Elián por los medios de comunicación, arrojando luz sobre muchas de las oscuras operaciones del enclave cubano en Florida, hizo aflorar la fobia generalizada hacia ese quiste extraño en la nación estadounidense. La Fundación parecía desafiar tanto los valores familiares como ciertos tótems patrióticos, lo que constituía una combinación demasiado potente para derrotarla. En abril, la opinión pública se había decantado claramente en contra de la concesión de asilo político a Elián.

Otro ingrediente de la creciente reacción contra la FCA provenía de los impacientes intereses de los hombres de negocios. La Asociación Nacional de Fabricantes y la Cámara de Comercio estadounidenses venían desde hace tiempo enviando delegaciones exploratorias a La Habana y cuestionando la conveniencia del bloqueo. Entre las grandes empresas que respaldaban estos esfuerzos se encontraban Caterpillar, Ingersoll-Rand, General Electric, Citibank, Boeing y el imperio hotelero Radisson. Los granjeros del Medio Oeste también se venían quejando de que el embargo les negaba un mercado natural de productos alimenticios por valor de mil millones de dólares anuales. En abril, un congresista republicano por Texas, Charles Stenham, regresó de una visita a Cuba pidiendo una relajación de las restricciones comerciales, y a mediados de mayo el Comité de

⁷ Véase, por ejemplo, Kenneth ANDERSON, «A Great Betrayal: how American conservatives have abandoned parental rights in the case of Elián González», *Times Literary Supplement*, 12 de mayo de 2000.

Asignaciones votó inesperadamente una enmienda a un proyecto de ley permitiendo la exportación a Cuba de ciertas categorías de alimentos y medicinal. Esos alientos al sentimiento antiembargo no ayudaban precisamente a la causa ultra en Miami.

Clinton, entretanto, libre de las preocupaciones de la campaña electoral, contemplaba el problema desde un ángulo muy diferente: sus lazos con el *lobby* cubano-americano venían de lejos y eran estrechos; hasta 1997, Lewinsky recuerda llamadas telefónicas a su Bebe Rebozo particular, el magnate del azúcar Fanjul, cuya familia había controlado vastas plantaciones en el sur desde antes de la revolución. Pero ahora le correspondía a Gore asumir su papel, con Corzine a cuestas. La señora Clinton, por otra parte, aspiraba al puesto de senadora por Nueva York, donde el electorado puertorriqueño, mucho más abundante que el cubano-americano, se manifestaba en favor de una rápida devolución de Elián a su padre. El congresista José Serrano, de hecho, contribuyó a facilitar la llegada de Juan Miguel González a Estados Unidos, y desde tiempo atrás venía pidiendo que se levantara el bloqueo a Cuba. Si bien Hillary tardó en apreciar esa dinámica, y con su típico oportunismo craso habló de la concesión de la ciudadanía estadounidense a Elián, su marido sin duda le llamó la atención al respecto. Las consideraciones legales apuntaban en la misma dirección; los consejeros del Departamento de Justicia probablemente dejaron claro desde el principio que no existían posibilidades de llevar adelante un proceso por la custodia del niño contra su padre. El respeto a la ley raramente ha sido una característica dominante de los presidentes ni de los ministros de Justicia estadounidenses, pero a principios de 2000 ninguno de los dos tenía razones especiales para forzar las leyes frente a la marea de la opinión pública. Clinton ya no precisaba financiar una campaña presidencial, y Janet Reno, que en otro tiempo fue juez-jefe en su Miami natal, probablemente compartía la antipatía de sus paisanos anglos hacia La Pequeña Habana. La cuestión podía pasarse tranquilamente a los tribunales, dejando que los medios de comunicación aplaudieran el previsible resultado, sin que el presidente tuviera que pronunciarse sobre el fondo del asunto.

El Armagedón, y lo que vino luego

Mientras se desarrollaba este cuento popular estadounidense, en Cuba podía observarse una evolución muy diferente. A quien estuviera familiarizado con las tumultuosas asambleas revolucionarias de la década de 1960, la manifestación de mujeres cubanas a lo largo del Malecón el 15 de enero de 2000 tenía que parecerle intensamente conmovedora. Su exigencia de devolución del niño era también, evidentemente, una impresionante expresión de lealtad hacia los planes sociales cubanos. Pero incluso si devolvían a Elián, ¿podría sobrevivir el modo de vida cubano, que su retención ponía en candelero? El desolado plano final de *Buena Vista Social Club*, recorriendo un añoso cartel con la leyenda «Socialismo o Muerte», se filmó precisamente aquí, en este paseo marítimo barrido por el viento (en contraste obvio con la dorada opulencia de Carnegie Hall, la meca del final de la película de Wenders). Su mensaje no deja lugar a la ambigüedad. ¿Podía esa manifestación representar algo más que un intento esforzado, pero condenado al fracaso, de oponerse a lo inevitable?

A lo largo del Malecón, sin embargo, no se apreciaba ni asomo de resignación. La Habana ha sido testigo en el pasado de no pocas manifestaciones resueltamente obedientes. Pero dejando a un lado la evidente organización, ésta era llamativamente espontánea, y las cifras alcanzadas, en torno a los 200.000 participantes, sobrepasaron todas las previsiones. Ondeando pequeñas banderas nacionales, y dando su propio matiz a las consignas, el torrente de mujeres pasó por delante del edificio que aloja los «intereses estadounidenses» con una mezcla de rabia y buen humor. Hubo discursos, aunque no de Fidel, y luego música: las solemnes estrofas de la Internacional, el himno del Movimiento 26 de Julio, la Canción del Guerrillero Heroico... Inevitablemente, los recuerdos se agolpaban en la memoria de la gente. Las esperanzas de la década de 1960 pueden haberse desmoronado como tantos edificios de La Habana Vieja, pero en el pueblo ha arraigado algo que no será tan fácil de extirpar. Los que deseaban defender lo mejor de la revolución tenían una ocasión idónea. Se podía oír a jóvenes diciendo que por primera vez experimentaban una sensación parecida a las confrontaciones históricas de la generación de sus padres, comprendiendo que lo que estaba en juego era la dignidad y soberanía de Cuba.

Por otra parte, la suerte común de los últimos años ha sido algo muy parecido a la penuria. Entre 1989 y 1993 (los años del Armagedón, como los llaman los cubanos), Cuba perdió con la desaparición del bloque del Este el 70 por 100 de sus exportaciones y el 75 por 100 de sus importaciones⁸. El PIB cayó en casi una tercera parte. La moneda colapsó. Los alimentos se hicieron extremadamente escasos. Eran habituales los cortes de suministro eléctrico. Faltaban medicinas esenciales. Aunque se ha ido produciendo una recuperación económica gradual desde mediados de la década de 1990, que se ha acelerado en los últimos dos años, la producción global y la renta per cápita no han alcanzado todavía su nivel de mediados de la de 1980. El racionamiento alimentario sólo permite una supervivencia básica. La vida cotidiana es una lucha permanente contra la escasez. El peso se ha estabilizado frente al dólar desde 1995, pero al precio de mantener una doble moneda. Para cualquier suplemento a la dieta básica, los habitantes de las ciudades precisan dólares, que pueden recibir de sus parientes en Estados Unidos o mediante el empleo en actividades relacionadas con el turismo, lo que constituye una fuente de frustración y desmoralización para quienes no entran en ninguna de esas dos categorías. Los dedicados a servir a su propio pueblo como productores, maestros o médicos tienen que conformarse con las limitadas raciones oficiales. Hasta los más honrados y cumplidores de las leyes se ven forzados con frecuencia a tomarse libertades con la propiedad pública, ignorando la normativa vigente.

En el campo, el gobierno ha desmantelado la mayoría de las antiguas granjas estatales, convertidas en distintos tipos de cooperativas o parcelas privadas. Los campesinos pueden vender en el mercado todo lo que producen por encima de las cuotas asignadas, con precios fijos, al Estado. Los

⁸ Véase el excelente «Survey of Cuba, Heroic Illusions», de Anne Wroe, *The Economist* (6 de abril de 1996), p. 6.

precios son altos, pero la oferta se ha hecho más flexible. En algunos sectores, en particular el del tabaco, la producción se ha recuperado. En otros, sobre todo en el cultivo más importante, el de la caña de azúcar, donde la falta de combustible y de nueva maquinaria ha obligado a cerrar una tercera parte de los ingenios, la producción está todavía básicamente estancada: las cosechas anuales se sitúan en torno a los tres millones de toneladas, cuando hace veinte años el país producía ocho millones. Por otra parte, la superficie dedicada a cultivos alimentarios (cítricos, bananas, melones, verdura, fríjoles, arroz) está creciendo. Durante el «período especial», la agricultura cubana se ha visto obligada a recurrir a métodos «orgánicos» y «sostenibles» de cultivo, ya que los fertilizantes industriales y la fumigación se han vuelto demasiado caros y escasos. Como una especie de eco pastoral del redescubrimiento del *son* cubano de la década de 1940, se busca a los campesinos de edad avanzada para que expliquen cómo se hacían las cosas hace cinco o seis décadas, antes de que se generalizara el uso de pesticidas y abonos químicos.

La relativa recuperación de la economía cubana desde que se hundió en las profundidades hacia 1992–1993 refleja la diversificación, la persistencia de acuerdos de trueque con Rusia y China, y un aumento de la producción doméstica de petróleo. El azúcar sigue siendo la principal exportación cubana, habiendo alcanzado un valor de unos 600 millones de dólares en 1998; aproximadamente dos millones de toneladas se siguen exportando a Rusia, y otras 200.000 a China, a cambio de petróleo y arroz. El coste de las importaciones de petróleo en 1998 estuvo en torno a los mil millones de dólares (lo que supone más que las importaciones de alimentos), pero Venezuela ha comenzado a ayudar a Cuba a aumentar su propia producción, hasta el punto de que este año la producción nacional cubrirá el 70 por 100 de las necesidades. Subrayando su importancia crítica para el conjunto de la economía, los presupuestos nacionales cubanos introducen ahora un índice de *intensidad energética* (equivalente más o menos a la eficiencia del combustible) para cada sector y empresa. El níquel que extrae una empresa pública en Nicaro y una empresa conjunta con la firma canadiense Sherrit en Bahía Moa constituye la segunda exportación del país; con un pequeño incremento de la producción y el aumento del 60 por 100 en el precio mundial que ha tenido lugar en los últimos dieciocho meses, se podrían obtener este año por este rubro hasta 500 millones de dólares. El tabaco es la tercera de las exportaciones, por un valor de 184 millones de dólares en 1998. La compañía hispano-francesa Altadis se encarga ahora de la distribución mundial de los cigarrillos puros cubanos, cuya producción se ha incrementado notablemente en los últimos años.

El modelo del comercio exterior cubano refleja inercias históricas: Rusia sigue siendo el principal cliente del país, recibiendo un 26 por 100 de sus exportaciones, seguida de Holanda (12 por 100), Canadá y España (7 por 100). En cuanto a las importaciones cubanas, casi la mitad provienen de la Unión Europea, situándose España en cabeza (21 por 100), seguida de Francia (10 por 100) e Italia (8 por 100). La balanza comercial, muy desfavorable, recuerda cuán precaria sigue siendo aún la situación del país. Las exportaciones, situadas en torno a 1.400 millones de dólares en 1998, cubrirían tan sólo la mitad de la factura por importaciones, de 2.800 millones de

dólares⁹. Además, Cuba sigue lastrada por una deuda externa de 13.000 millones de dólares, y pasadas demoras en el servicio de esa deuda obligan a las empresas cubanas a tener que pagar ahora intereses muy altos por los créditos, oscilando alrededor del 15 por 100. Esas circunstancias han impulsado el desarrollo del turismo como única forma de cubrir el déficit comercial. Los grandes beneficios de la industria turística alcanzaron 1.400 millones de dólares en 1998, y siguen creciendo. La mayoría de los visitantes llegan de Canadá, España, Italia, Alemania y otros países de la UE. Los funcionarios responsables aseguran que la mitad de lo que éstos consumen proviene de la oferta local, y parece que los turistas están comiendo mucha más comida cubana, pero los vínculos entre el complejo turístico y la manufactura local siguen siendo débiles y la mayoría de las máquinas (frigoríficos, televisores, etc.) proceden del extranjero, lo que recorta los beneficios netos del sector, aunque se haya notado cierto estímulo a la artesanía, así como a la producción de artículos de lujo.

Dos economías

La coexistencia de dos monedas, de empresas públicas y privadas de pequeño tamaño, y sobre todo de la industria turística (de la que depende ahora la solvencia nacional) con las privaciones generalizadas, crea inevitablemente agudas tensiones sociales. Los pequeños restaurantes privados o *paladares* sirven cangrejos o asados de cerdo, en cómodos ambientes semidomésticos, a los extranjeros o a los cubanos con dólares, mientras por la calle atruenan los «camellos» (camiones convertidos en enormes autobuses articulados) abarrotados de cubanos que se dirigen al centro en busca de sus magras raciones de arroz y frijoles. Funcionarios celosos tratan de asegurarse de que en los *paladares* no se sirva langosta y de que no se supere el número máximo de clientes permitido. Los establecimientos que tengan demasiado éxito corren el riesgo de un cierre inapelable¹⁰. Pero todos esos controles y sospechas que generan los pequeños productores traen como consecuencia pequeñas corrupciones para escapar a ellos. El turista no tiene por qué temer acosos físicos en Cuba. Pero hay cierto mosconeo, casi obligatorio para muchos habitantes de las ciudades, dado lo escaso de las raciones. Se encontrará con gente que le ofrece cigarrillos, o la dirección de un piso para alquilar, o de un buen restaurante. La gran mayoría, que desdeñan ese tipo de actividad, a fin de pacer llegar el sueldo practican algún comercio informal, o toman prestadas herramientas de trabajo para ganar algún dinero extra por su cuenta. En esas condiciones, la gente con más principios y más patriótica es la que suele salir perdiendo. Son ellos los que a menudo se preguntan, tras tantos sacrificios, cómo será el futuro, y si corre Cuba el riesgo de perder su peculiar igualitarismo y de tener que compartir los graves problemas sociales de México o Brasil sin contar, en cambio, con sus mismos motores de desarrollo capitalista.

⁹ Para esas cifras, véase el informe sobre Cuba de la Economist Intelligence Unit, *Annual Country Profile* 1999.

¹⁰ En cuanto al papel de los *paladares* y muchas otros fenómenos conexos, véase el agudo estudio de la capital de Roberto SERGE, Mario COYULA Y Joseph SCARPACI, *Havana: Two Faces of the Antillean Metropolis*, Chichester, 1998, pp. 226, 230–238.

Queda claro, sin embargo, que el régimen cubano no está administrando pasivamente las austeridades de la globalización, como muchos otros gobiernos latinoamericanos. Llevando la contraria a la ortodoxia neoliberal predominante, los organismos estatales están desempeñando cada vez más un enérgico papel empresarial. Los turistas que vuelen con Cubana disfrutarán de la animada publicidad de la compañía de visitas turísticas Gaviota, un vídeo que muestra una multitud de jóvenes trepando a un camión y bailando acompañados por rítmicos *sones* y salsa cubana, y a un joven negro que entona rapeando una vigorosa invitación, mientras el vehículo surca las calles de una ciudad y vuelve a salir al campo. Una vez en La Habana, le ofrecerán viajes en autobuses Mercedes con aire acondicionado a las instalaciones turísticas costeras, vuelos en helicóptero y pesca en lanchas a motor en la Corriente del Golfo. La empresa es propiedad de las Fuerzas Armadas Cubanas. Empresas públicas de este tipo se esfuerzan por atraer a los turistas con dólares, lo que trae consigo efectos ambivalentes. La publicidad y envolturas de los cigarrillos, del café y del ron son persuasivos. Los CD de música cubana son carísimos (16 dólares por disco). Pero más pronto o más tarde esa moneda convertible retorna al Estado, que utiliza sus ingresos comerciales para financiar otras actividades. En un mundo donde a los gobiernos les resulta cada vez más difícil recaudar impuestos, los beneficios de esas empresas públicas bien gestionadas pueden llegar a constituir un elemento vital en los ingresos del Estado. En la década de 1960, poca gente de izquierda creía que el turismo fuera bueno para el desarrollo económico, pero la evidencia de Italia y España ha mostrado que puede estimular fuertemente el crecimiento.

Menos dudosos son los males que puede acarrear el turismo. A comienzos y mediados de la década de 1990, la combinación de turismo y semidolarización condujo a la aparición de prostitución en busca de moneda fuerte en los hoteles y sus alrededores, que ahora trata de combatirse. No hay pequeños robos ni violencia. En llamativo contraste con tantas otras ciudades latinoamericanas, como Bogotá, Caracas, Río de Janeiro o Ciudad de México, por no hablar de Washington o Los Ángeles, La Habana es una ciudad muy segura, debido sin duda en parte a la vigilancia de los comités de defensa de la revolución, pero también a cierto sentido del orden y la responsabilidad. En Quito o Bogotá hay un guardia armado con rifle en cada edificio, y pronto se aprende a detectar en la calle los signos de peligro. En La Habana ni siquiera la policía parece estar fuertemente armada. En las grandes ciudades latinoamericanas, los niños abandonados constituyen una escena habitual (en Río de Janeiro o Ciudad de México hay miles viviendo de trapacerías, condenados muchos de ellos al abuso, la explotación o una muerte temprana). En Cuba, todos los niños de la edad de Elián tienen quien los cuide y se preocupe por ellos.

La sanidad siempre ha sido una prioridad del régimen, y también en este terreno las empresas públicas se han demostrado eficaces, patrocinando avances en la investigación médica y la biotecnología. Los laboratorios públicos cubanos han desarrollado una vacuna para la meningitis B que pretenden ahora comercializar internacionalmente junto a los laboratorios Smith-Klein-Beecham. El bloqueo estadounidense incrementa innecesariamente los riesgos de muerte y enfermedad en los países a los que se ha presionado para que no compren esa vacuna y que no cuentan con nada equi-

valente a los impresionantes servicios de sanidad cubanos. Pese a los perjudiciales efectos del embargo sobre la medicina cubana, las estadísticas vitales de la isla son comparables a las de Estados Unidos, muy por encima de la media de los países latinoamericanos. Durante la década de 1990, los observadores extranjeros predijeron repetidamente una «licuefacción» del régimen. Pocos piensan actualmente que tal cosa vaya a ocurrir. La realidad es que, aun en las circunstancias de gran dureza que han tenido que atravesar, muchos cubanos sienten todavía que tienen algo que defender. Se trata de un sentimiento fuertemente arraigado en la política, la historia y la cultura del país. Pero la capacidad del régimen para mantener esa línea también se ha debido a la salida del agujero económico vivido en los peores años del «período especial», por modesta que ésta sea.

La Habana

La mayoría de la gente en Occidente tiene la imagen de La Habana proporcionada por la película *Buena Vista Social Club* de Wenders, una humedad de superficies leprosas y colores delicuescentes, una ciudad de ruinas melancólicas. ¿Hasta qué punto corresponde esa imagen a la realidad? Lo suficiente, ciertamente, para inquietar a quienquiera que conociera La Habana en los primeros júbilos de la revolución¹¹. En 1962, La Rampa, que descende desde un parque junto al Hotel Nacional hasta el Malecón y el mar, se pavimentó de nuevo vistosamente, y en lo alto se erigió un gran establecimiento de helados, Coppelia, que presumía de servir más variedades que Baskin Robbins; era una edificación con exuberantes voladizos, que simbolizaba el derecho de todos los cubanos a disfrutar de placeres antes reservados a una elite. Actualmente La Rampa no es más que una triste ruina, y su pavimento, tan brillante en el recuerdo, está descuidado y roto. En Coppelia se sirven todavía helados decentes, habiéndose hecho evidentes esfuerzos por mantener el negocio; una declaración diplomática evoca un extraño eco de los establecimientos estadounidenses: los clientes pueden contar con el mejor servicio, utensilios limpios, personal amable, etc., y se ruega no encaramarse a las mesas ni molestar a los demás. A lo largo de los años ha seguido siendo un vórtice de socialización informal, como recordarán quienes vieran la película de Tomás Gutiérrez Alea *Fresa y Chocolate*, que exploraba la cuestión antes tabú de si un revolucionario puede ser *gay*¹². La arquitectura de la década de 1960 proclamaba un conjunto nuevo de valores sociales. Las delicadas estructuras modernistas de la Escuela de Arte de La Habana ofrecían un marco adecuadamente caribeño para una nueva generación de estudiantes, mientras que los suntuosos barracones del ejército de Batista en Campo Colombia se convertían en una enorme escuela para los hijos de trabajadores y campesinos del interior. En el este de La Habana, «microbrigadas» de, voluntarios recibían los instru-

¹¹ Yo trabajaba entonces en la universidad, investigando la historia de la isla; véase «Prologue to the Cuban Revolution», *New Left Review* I/21 (octubre de 1963), pp. 52–91.

¹² A finales de la década de 1960 pervivía una deplorable homofobia oficial, pero el comportamiento privado era más relajado; en aquella época Alejo Carpentier llegaba a sugerir jovialmente que el homoerotismo formaba parte consustancial de la cultura de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, para gran regocijo de su audiencia.

mentos y materiales con los que construir sus propios bloques de apartamentos a lo largo de la costa.

Todo esto cambió durante la década de 1970 y 1980, cuando en nombre del desarrollo equilibrado el Estado dedicó casi toda la inversión infraestructural al campo y a las provincias, preteriendo a una capital que según se pensaba había gozado de demasiados privilegios. Como consecuencia, La Habana atravesó un largo período de abandono deliberado. Se suponía que su recuperación se iba a acometer en la década de 1990, pero entonces ya era demasiado tarde. Atrapada en las consecuencias de la emergencia surgida en 1989, se está desmoronando visiblemente, con la mayoría de sus edificios deteriorados, algunos casi en ruinas. Aquí y allá se encuentra alguno restaurado por sus propietarios o por las autoridades municipales, pero la mayoría de las excepciones a la decrepitud general se deben a los imperativos del turismo, desde el centelleante aeropuerto o los hoteles al borde de la playa en Varadero, hasta algunas impresionantes restauraciones en La Habana Vieja. El «historiador de la ciudad» Eusebio Leal, trabajando en colaboración con la UNESCO, ha dirigido con gran sensibilidad la preservación de cierta cantidad de edificios de los siglos XVI, XVII y XVIII, conservando sin embargo la pátina del pasado que la erosión del viento cargado de arena suele borrar.

Pero en el resto, la deplorable situación de La Habana indica un problema más grave que la falta de recursos o atención oficial: la disolución de la iniciativa social. Los Comités de Defensa de la Revolución existentes en cada manzana hacen muy difícil la tarea de cualquier eventual oposición. Pero siendo tan buenos como son en cuestiones de seguridad, ¿por qué no son capaces de desplegar iniciativas autónomas para mantener y renovar las viviendas donde se alojan? La respuesta que se suele oír es que la gente espera que sea el gobierno el que resuelva el problema. Pese al deterioro, se nos padece patente constantemente la labor de un gobierno paternalista, aunque muy eficaz a su modo. Hay escuelas, jardines de infancia y clínicas por todas partes. Cenando en la terraza de un *paladar*, mirando hacia una elegante residencia de la década de 1920 que ahora funciona como escuela primaria, ¿quién no se sentiría conmovido por el paso de una fila de escolares que parlotean felices al regreso de una excursión, mientras que otro grupo de críos de ocho o nueve años practican sus pasos de ballet? El régimen obtiene sus mejores resultados en el cuidado de la infancia, pero el paternalismo es menos productivo en lo que se refiere a los adultos.

Recuerdos

Sólo poco a poco me voy dando cuenta de por qué La Habana constituye un *lieu de mémoire* tan potente para quienes vivimos aquí durante un tiempo en la década de 1960, o la visitamos en la de 1980. La razón es que casi todo sigue donde estaba, aunque visiblemente envejecido. En otras capitales latinoamericanas el rutilante centro de rascacielos de vidrio reflectante coexiste con la metástasis de villas miserias y barrios de chabolas. En La Habana no hay ni lo uno ni lo otro. El centro y los distritos turísticos reflejan algo del desarrollo inmobiliario de la década de 1950. Pero la estructura básica de la ciudad sigue dominada por el auge constructor de comien-

zos de siglo, en barrios que se extienden lejos del corazón colonial de La Habana Vieja. Las viviendas populares se encuentran en mal estado, pero no hay *favelas*. Existen algunas foscas urbanizaciones de estilo soviético alejadas del mar, y en 1991 se completó la construcción de un complejo de aire levemente posmoderno en el este de la ciudad, Villa Panamericana. Pero en conjunto es poco lo que se ha añadido desde el punto de vista arquitectónico desde la década de 1960. Algunos de los visitantes suponen que el recargado monumento a Martí y el edificio del Comité Central en la Plaza de la Revolución son productos del *fidelato*, pero en realidad, al igual que la mayoría de la estatuaría patriótica de La Habana, son anteriores. La burocracia estatal cubana ha hecho poco por glorificarse en piedra, alojándose en edificios construidos por anteriores regímenes, o abandonados por las grandes empresas expulsadas en 1961–1962¹³.

Hoy en día, el turista europeo que desee viajar con la línea aérea Cubana puede alojarse por unos 40 dólares diarios en el Hotel Nacional, espléndidamente restaurado, con vistas al Malecón; este establecimiento de lujo, inaugurado en 1930, exhibe muestras de las visitas de Winston Churchill, Ava Gardner, Frank Sinatra y María López. Una vez instalado en el hotel, con su jardín, su piscina de respetable tamaño y un restaurante aceptable, podría —aunque sería absurdo que así lo hiciera— ignorar cuanto sucede a su alrededor. La ventana de mi habitación, en cualquier caso, me lo hacía imposible. Daba a un sector de La Habana que me era familiar de otras visitas anteriores. Directamente enfrente se encuentra el llamado «edificio Indochina», un bloque de veinticinco pisos que en un tiempo fue elegante, con sus rojos entrepaños ahora descoloridos y descascarillados. Ahí fue donde visité a Guillermo Cabrera Infante, en la actualidad famoso novelista de la derecha en el exilio, cuando editaba *Lunes de Revolución*, el suplemento vanguardista de arte del que entonces era el principal diario de Cuba. Subiendo la calle se encuentra el restaurante Polinesio, donde recuerdo que un poco después le pregunté a Che Guevara acerca de la escasez de papel que había llevado a cerrar *Lunes*.

En aquel tiempo el Che era uno de los líderes más intransigentes de la Revolución, aun siendo personalmente tolerante y dando cobijo en su Ministerio de Industria a gente del ala no conformista; los entusiasmos vanguardistas del *Lunes* no eran muy de su agrado, pero se entendía bien con Jean-Paul Sartre, quien había publicado muchos artículos en la revista. Como respuesta a mi pregunta, se lanzó a una larga perorata sobre los éxitos de su ministerio en la fabricación de papel a partir de las vainas de caña de azúcar, luego me miró y sonrió tristemente, añadiendo: «Ahora que lo pienso, el tipo de papel del que usted había es realmente escaso». Durante un tiempo, la mayoría de los redactores de *Lunes* siguieron publicando en revistas literarias más especializadas, no en un periódico que alcanzaba una circulación de un cuarto de millón de ejemplares. Era el comienzo del fin de la ebullición cultural de la Cuba posrevolucionaria.

¹³ Roberto Segre y sus colegas ofrecen una rica panorámica de la historia arquitectónica de La Habana en su estudio *Havana*. Para un informe muy crítico, pero perspicaz, del problema urbano, véase Samuel FARBER, «Cuba Today and the Prospects for Change», *New Politics* (verano de 2000), pp. 164–174.

La vida y las letras

Cuarenta años después, el precio pagado se puede constatar en la calidad abismal de la prensa cubana. Al preguntarle por qué se publica tan poco en Cuba, un intelectual, cuyos penetrantes ensayos suelen aparecer en otros países latinoamericanos, explica que los editores de prensa aborrecen a los marxistas críticos, y que las universidades siguen congeladas por el dogmatismo. El bloqueo estadounidense, los complots de la CIA y las razzias de los exiliados han creado una atmósfera de asedio que perpetúa una paranoia semirracional. A un nivel más profundo, la represión resultante no ha ahogado la creatividad de las generaciones más jóvenes de escritores y artistas. Pero la falta de medios de expresión en la isla ha llevado a muchos de ellos a trabajar en el extranjero, aunque no como exiliados políticos. Alarmado quizá por esa hemorragia de talentos, Fidel ha nombrado ministro de Cultura a uno de los mejores escritores que permanecen en el país, Abel Prieto, cuya novela *El vuelo del gato*, que acaba de publicarse, cuenta la historia de tres chicos a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 y su distinta evolución hasta llegar a la de 1990. Esa versión cubana de la gran novela norteamericana parece recordar hasta cierto punto *A Man in Full*, de Tom Wolfe, ya que ambos libros transmiten el mensaje estoico de que el carácter puede superar las dificultades impuestas por la estructura social.

Los debates teóricos están, como es lógico, más estrechamente controlados que la discusión literaria. Dando una charla en una institución encargada de mantener la conciencia cultural y política, me vienen a la memoria las ruinosas instalaciones del Instituto de Marxismo-Leninismo de Pequín, empequeñecido por los vecinos rascacielos alzados por constructores taiwaneses. Aquí el contraste se da con el complejo turístico. El centro cubano, obviamente falto de recursos, es más esforzado e idealista: sus responsables son entusiastas de Gramsci, lo que indica quizá las dificultades de promover una animada sociedad civil en Cuba, y la resistencia de los dogmáticos hacia las corrientes más creativas del marxismo. Enfrente, en un parterre cubierto de césped, una docena de jóvenes se ejercitan en los rituales de una complicada danza colectiva que hace furor estos días. En mi charla informo sobre el hallazgo que he hecho en la Biblioteca Nacional: una elegante revista publicada en La Habana en 1848-1849, denominada *El Artista* e ilustrada con retratos de Byron, Verdi, Alejandro Dumas y Richard Cobden, cuyo editorial del 7 de enero de 1849 lleva por título «Todo es Revolución». La columna que sigue señala los episodios de la historia mundial que demuestran el desarrollo de ese principio:

La decadencia del Imperio Romano
 Las Cruzadas (Batillon)
 La pólvora (Schwartz)
 La brujería (Gioja)
 La imprenta (Gutenberg)
 Lutero
 Inglaterra en el siglo XVII
 Francia en el siglo XVIII
 La Enciclopedia
 La vacunación (Jenner)

La economía política (Smith, Say)
 Washington
 El magnetismo
 La máquina de vapor (Watt)
 La frenología (Gall)
 ¡¡¡Napoleón!!!

El editorial concluye: «... revolución, revolución y la tumba, ésa es la vide del hombre. La Edad de la Razón, diferente en cada uno, es la raíz de esa revolución». A pesar de su confianza en la marcha del progreso, *El Artista* fue cerrado poco después por las autoridades coloniales. Los signos de exclamación con los que había saludado la victoria electoral de Luis Napoleón en Francia resultaron un presagio mucho más ambiguo de lo que había podido imaginar.

La oposición

El gobierno cubano se enfrenta actualmente a una oposición interna, carente de expresión legal en la isla, pero que pocos cubanos desconocen, dada la amplia variedad de emisoras, no sólo Radio Martí, financiada por Washington y bajo el control de la FCA, que desde el exterior pregonan insistentemente su existencia. Caben pocos dudas de que sus consignas clave —democracia, imperio de la ley, libertad de mercado— tienen un considerable atractivo para gran parte de la población urbana. Pero éste se ve considerablemente matizado por el temor al poder social que las impulsa desde Florida. La perspectiva del regreso de los exiliados triunfantes, la desaparición de las conquistas sociales y una Enmienda Platt global, del tipo de las que Estados Unidos se ha adjudicado en los Balcanes y Oriente Medio, es algo que muy pocos desean. Cualquier variante de ese futuro desencadenaría amargos conflictos internos. Todos los cubanos querrían ver el final del bloqueo estadounidense, pero no a ese precio.

Hablando con un asesor económico de los grupos disidentes, que en su tiempo fue miembro active, del PSP y trabajó en niveles intermedios del aparato estatal, se me vienen abajo algunos prejuicios. Fue detenido e interrogado, aunque no físicamente maltratado; de hecho, afirma que disfrutó la oportunidad de explicar sus ideas a los jóvenes policías que le interrogaban. Desencantado con el romanticismo económico de la década de 1960 —el Che era un ser humano admirable, observa, pero su influencia política fue desastrosa—, se vio atraído por las reformas propuestas por algunos economistas soviéticos, como Liberman. ¿Qué posibilidades habría actualmente de aplicarlas? Alude a un sector inesperado: las Fuerzas Armadas Cubanas representan indudablemente una organización militar formidable, pero siempre ha creído que Raúl Castro se interesaba más por los resultados que por la ideología. El ejército destaca por su pragmatismo; confía en que opte por profundas y decisivas medidas de reforma económica. Lo que hay de más valioso en el orden social —sobre todo, sus logros educativos y sanitarios— deberían mantenerse; pero lo prioritario es, según él, la libre empresa y la democracia.

El grupo que se califica a sí mismo de socialdemócrata, ofrece una perspectiva bastante similar. Varios de sus líderes están en prisión, incluyendo

a Vladimiro Roca, antiguo piloto de las fuerzas aéreas cuyo padre, Blas Roca, fue secretario general del PSP en la década de 1950, y más tarde miembro del politburó del Partido Comunista Cubano en las décadas de 1960 y 1970. Los antecedentes de Vladimiro, quien perteneció al llamado «Grupo de los Cuatro» que coordinaba la disidencia interna, probablemente lo convertían en una amenaza real; los demás eran menos conocidos. El encarcelamiento de varios cientos de disidentes, en muchos casos simplemente por sus opiniones contrarias al régimen, y su frecuente maltrato en prisión, es una mancha sobre el régimen revolucionario que no puede justificarse por las circunstancias externas¹⁴. Por muy razonable que las autoridades cubanas consideren impedir que Miami adquiriera influencia en la isla, la intimidación a todo tipo de oposición socava cualquier esperanza de dar vida a las asambleas políticas que se supone que expresan la voluntad popular. Consciente de ello, un ferviente revolucionario observa que Cuba ya no aspira a ofrecer ningún tipo de modelo; las circunstancias son demasiado difíciles para ello. Pero representa en cualquier caso un freno contra la hegemonía estadounidense y el orden neoliberal, y todavía puede ofrecer una modesta ayuda a la liberación de otros, por ejemplo, a la Venezuela de Hugo Chávez. El gobierno de Fidel es una autocracia que garantiza a un tiempo ciertas conquistas sociales y asfixia las políticas. «Tenemos un monarca que protege al pueblo, pero cuando desaparezca los *gangsters* y los exiliados se harán con el control de todo.» Muchos cubanos saben lo que ha sucedido en Rusia, y no tienen el menor deseo de seguir esa vía.

El bloqueo

El trasfondo crítico del estancamiento de la revolución cubana reside hoy día, como hace cuarenta años, en el asedio estadounidense a la isla. El resultado del *affaire* Elián ha traído un cambio momentáneo de clima en Estados Unidos. Por primera vez en muchos años se ha puesto seriamente en cuestión en los medios de comunicación norteamericanos la conveniencia de mantener el bloqueo. ¿Qué perspectivas hay de que se levante el cerco? La condición primordial para una evaluación realista sería distinguir entre las razones aparentes del bloqueo y las reales. Estados Unidos rompió las relaciones diplomáticas e impuso un embargo de largo alcance contra Cuba en 1961, cuando La Habana expropió trescientas empresas extranjeras, principalmente estadounidenses. Las expropiaciones fueron llevadas a cabo por un gobierno reconocido por Washington, aplicando poderes reconocidos en la Constitución cubana de 1940, que autorizaba al Estado a confiscar pro-

¹⁴ Un comunicado de prensa de Amnistía Internacional del 31 de enero de 2000 señalaba que, durante la cumbre Iberoamericana de noviembre de 1999, en La Habana se había detenido sin acusación posterior a 260 disidentes, y que once de esas personas seguían detenidas sin juicio dos meses después. A mediados de mayo se produjeron señales de cierta relajación, con la puesta en libertad de Félix Bonne, uno de los cuatro dirigentes del Grupo de Trabajo de la Disidencia Interna, lo que llevó a Elizardo Sánchez, observador de derechos humanos con residencia en La Habana, a declarar que esperaba que con ello se iniciara «la puesta en libertad de los muchos presos de conciencia». Véase «Cuba Frees Prominent Critic», *Miami Herald*, 13 de mayo de 2000.

piudades privadas en favor del interés general. Las reformas agrarias del régimen revolucionario no se aplicaron únicamente a las empresas extranjeras o estadounidenses, sino a todas las grandes fincas. El gobierno cubano ofreció compensaciones a los antiguos propietarios, en bonos ligados a los ingresos provenientes de las ventas de azúcar cubano a Estados Unidos. El 2 de junio de este mismo año el vicepresidente de la Cámara de Comercio estadounidense confirmó que Fidel Castro había reiterado la disposición de La Habana a discutir medidas de compensación para las compañías norteamericanas que perdieron sus propiedades en Cuba.

Washington ha rechazado siempre sin más las propuestas de La Habana. El embargo original, impuesto por Kennedy como represalia por las expropiaciones de 1961, se ha intensificado durante la presidencia de Clinton. La *Cuba Democracy Act*, propuesta por Torricelli en 1992, prohibía a las filiales de empresas estadounidenses cualquier tipo de comercio con Cuba; la *Cuba Liberty and Solidarity Act*, patrocinada por Helms y Burton en 1996, apunta contra la participación cubana en cualquier organización financiera internacional; amenaza a las empresas extranjeras con la confiscación de sus bienes en Estados Unidos si comercian con Cuba; prohíbe a Washington las relaciones diplomáticas con cualquier gobierno en el que participen Fidel o Raúl Castro, así como con cualquier gobierno, aunque no formen parte de él ninguno de los dos, que no haya previamente restituido las propiedades confiscadas por Cuba u ofrecido las compensaciones que establezca Estados Unidos¹⁵. Además de ese arsenal vindicativo, Estados Unidos cuenta con la *Cuba Adjustment Act*, aprobada originalmente durante la presidencia de Johnson en 1966, pero puesta al día y ampliada por Clinton en 1999, que incita a la huida de Cuba al ofrecer una garantía virtual de entrada libre en Estados Unidos, mientras que los haitianos, mexicanos o dominicanos son devueltos por miles a sus países de origen.

Hay quienes sostienen que al gobierno revolucionario de Cuba le conviene el bloqueo como pretexto para imponer medidas represivas en su propio país, que desaparecerían si aquél se relajara. Los liberales suelen decir que la política implacablemente hostil de Estados Unidos es contraproducente y que el gobierno cubano se vería en graves dificultades si desapareciera la excusa que le proporciona. Pero las pruebas sugieren lo contrario. La Habana no ha dejado de pedir el levantamiento del bloqueo, y ha realizado un intento tras otro de convencer a la opinión pública estadounidense en ese sentido. Hombres de negocios y delegaciones cívicas procedentes del norte, como el gobernador republicano de Illinois, George Ryan, acompañado de un gran séquito, o una representación del grupo de los congresistas demócratas negros, han recibido una cálida acogida en Cuba. Los hoteles de La Habana acostumbran a estar llenos de estadounidenses, muchos de ellos en misiones cuasioficiales de institutos de investi-

¹⁵ Para una exposición competente de la lógica de la ley Helms-Burton a cargo de un defensor del bloqueo, véase Juan J. LÓPEZ, «Implications of the US Economic Embargo for a Political Transition in Cuba», *Cuban Studies* 28 (1999), pp. 58-59, que explica que «aumenta las presiones económicas que fomentan el descontento entre los cuadros del régimen y en la población en general», añadiendo que «el mantenimiento del embargo puede contribuir a un golpe interno».

gación, asociaciones profesionales o Ayuntamientos, aunque sean muchos más los que, como los navegantes a vela que se agolpan en la Marina de Hemingway, disfrutan de unas vacaciones «diferentes» desafiando a la ley de su país. Según la ley Helms-Burton, ningún ciudadano estadounidense puede gastar ni un dólar en Cuba a menos que cuente con una autorización como partícipe de una misión cultural o humanitaria. Pero en realidad no menos de 174.000 estadounidenses visitaron la isla en 1999, de los que tan sólo una quinta parte, poco más o menos, contaba con la preceptiva autorización del Departamento del Tesoro.

Quienes creen que un levantamiento del bloqueo sentenciaría al régimen subestiman a Fidel Castro, un consumado político guerrillero que se muestra especialmente hábil burlando las expectativas convencionales. ¿Qué beneficios tangibles aportaría a Cuba el fin del embargo? Según una estimación de *Cuban Studies*, bastaría con un levantamiento parcial para duplicar la capacidad de importación cubana y generar un incremento del 25 por 100 en la renta nacional¹⁶. Una ventaja sustancial sería también el acceso de Cuba a los créditos del Banco Mundial o incluso del FMI, y el comercio sin restricciones con terceros países. El cerco estadounidense no ha impedido que Cuba siga vendiendo azúcar, café, cítricos, tabaco y productos biotecnológicos en Europa y otros lugares. Pero ha elevado los costes y ha permitido a las empresas que comercian con Cuba la imposición de primas y otras bonificaciones. Para terminar, aunque no sea lo de menos, si Cuba pudiera vender libremente sus productos (el ron Havana Club, los cigarros Partagás y Cohíba, los CD de *son*, el café Havana Gold, etc.) en los mercados estadounidenses estaría en condiciones de equilibrar su balanza comercial. Todo serían ventajas desde el punto de vista económico. Pero también social y políticamente, a Cuba le sería más fácil salvaguardar todo cuanto hay de bueno en su revolución si pudiera escapar a las brutales zarpas del bloqueo y establecer un diálogo abierto y vivo con las fuerzas menos reaccionarias de la sociedad estadounidense y de los países vecinos.

La reconciliación

¿Qué probabilidades hay de que la apertura cubana encuentre un eco en Estados Unidos, ahora que Elián ha vuelto a casa? Las encuestas muestran que el estado de ánimo de la opinión pública estadounidense se ha inclinado contra el bloqueo. Pero se trata de un sentimiento sin coste, sin significado electoral; los votos no cambiarán por eso. La evolución de la opinión de los empresarios tiene mayor importancia. Dos potentes *lobbies*, la industria farmacéutica y los negocios agrícolas del Medio Oeste, que cuentan con sacar ventaja del mercado cubano, han defendido activamente una suavización del embargo. Otros bancos y corporaciones, como Boeing, General Electric o Citibank, han expresado un apoyo más discreto a esa idea. Algunos han patrocinado una organización llamada *USA*Engage*, con un presupuesto modesto (un millón de dólares anuales) para hacer presión contra el bloqueo. El *Institute of International Economics*, un grupo de

¹⁶ Véase Manuel PASTOR Jr. y Andrew ZIMBALIST, «Has Cuba Turned the Corner?», *Cuban Studies* 28 (1998), p. 15.

expertos de Washington que se opone a todo tipo de sanciones comerciales, asegura que las restricciones al comercio con 26 países, impuestas políticamente, han costado a las empresas estadounidenses 15.000 millones de dólares desde 1995, con una pérdida de 200.000 puestos de trabajo¹⁷. Se trata de argumentos interesados, que atraviesan las líneas de partido y encuentran una acogida favorable en los medios de comunicación.

La oposición religiosa y étnica al bloqueo tiene mucha más tradición. En este aspecto, un sentido generoso de compasión y solidaridad hacia el pueblo cubano, y la hostilidad hacia la arrogancia estadounidense, han inspirado tenaces campañas contra el embargo. El Consejo Nacional de las Iglesias y los congresistas negros y puertorriqueños han luchado por el levantamiento de las sanciones. El congresista de Nueva York José Serrano, acusado por la prensa del *establishment* de mantener una actitud inaceptablemente tolerante hacia la revolución, ha llegado a proponer en el Congreso una Ley de Reconciliación que cancelaría toda la legislación punitiva contra la isla. Hasta en la propia comunidad cubano-americana comienzan a oírse voces que cuestionan el acierto de tratar de estrangular al régimen revolucionario. En el momento culminante de las movilizaciones sobre Elián en Miami, un pequeño número de contramanifestantes salieron decididamente en defensa de su regreso a Cuba, gritando «¡Abajo la república bananera!», y bombardeando City Hall con ese fruto ridiculizado. Max Castro, columnista del *Miami Herald*, decía a sus compatriotas el 21 de junio: «La vía de la confrontación con Cuba durante cuarenta años no ha dado resultado», y advertía contra la simple espera de la muerte de Fidel: Balaguer, señalaba, seguía todavía vivo con noventa y cuatro años en la República Dominicana, y Vietnam, Corea del Norte y China habían superado la muerte de sus dirigentes máximos sin que se produjera un colapso político. «La mejor ruta es la que conduce a negociaciones y a la reconciliación por ambas partes, empezando desde ahora.»

Tales posiciones cruzadas forman parte de una corriente de opinión más profunda. La acogida con que se ha recibido la excelente obra sobre la identidad cubana del distinguido historiador residente en Estados Unidos Luis Pérez Jr., *On Becoming Cuban*¹⁸, podría considerarse un indicio favorable. La tesis de Pérez es que la dominación estadounidense sobre Cuba en el período anterior a la revolución de 1959 debería juzgarse, no como un régimen de coerción puro y duro –por muy flagrante y violenta que fuera la continua injerencia de Estados Unidos–, sino como un sistema más profundo de hegemonía, que modeló los valores y empapó la cultura de la clase media cubana durante casi un siglo. Con gran riqueza y detalle de documentación muestra también cómo se importaron y utilizaron en Estados Unidos elementos de la cultura popular cubana, que a veces se volvían a reexportar a Cuba convenientemente yanquizados. Aunque trate con respeto tales episodios, Pérez se muestra claro e implacable con respecto a la relación desigual entre ambas culturas, desigualdad que fue uno de los detonadores de la rebelión nacional de 1959. Llama la atención, no obstante, que su libro se haya visto transformado en un drama sentimental,

¹⁷ Véase Juan O. TAMAYO, «Big Business Eyes Sales to Cuba», *Miami Herald*, 24 de junio de 2000.

¹⁸ *On Becoming Cuban Identity, Nationality and Culture*, Chapel Hill, 1999.

como si las relaciones entre ambos países fueran las de dos amantes predestinados por las estrellas, esperando cada uno de ellos a caer en brazos del otro. La imagen no es exagerada, véase si no la escena de Wenders en el Carnegie Hall. Su atractivo para la capacidad estadounidense de auto-compasión y autoabsolución (películas sobre Vietnam, monumento en Washington...) es del todo evidente¹⁹. Históricamente está claro, sin embargo, que el término «reconciliación» es del todo inadecuado. Lo que Estados Unidos debe a Cuba es una reparación. Pero en las actuales circunstancias, incluso esa mistificación puede considerarse esperanzadora.

Decir esto no significa crear falsas ilusiones. Se ha producido un evidente modificación de la actitud estadounidense hacia Cuba durante los pasados seis meses. Aun así, mirándolo fríamente, el balance de fuerzas políticas sigue siendo desfavorable a un levantamiento próximo del bloqueo. Hay dos razones por las que una campaña largamente esperada para acabar con un bloqueo que nunca se debería haber impuesto será excepcionalmente dura. La primera reside en el poder de la comunidad cubano-americana, bajo el decidido liderazgo de la Fundación Cubano-Americana. El asunto Elián ha significado un serio revés para ésta, que se excedió en lo que no era, en definitiva, más que un símbolo. Pero la Fundación y su base en la comunidad se han mostrado ya en el pasado capaces de asimilar lecciones. Es flexible y cuenta con muchos recursos, y ha demostrado su capacidad de recuperación. El primer acuerdo del Congreso permitiendo el envío de alimentos y medicinas a Cuba, promovido por la dirección del grupo republicano del Congreso en la última semana de junio, ha sido ya neutralizado hábilmente por la Fundación, con la adición de enmiendas que niegan cualquier tipo de créditos para las compras cubanas de artículos estadounidenses, y que de hecho refuerzan las restricciones para viajar a Cuba. La predisposición de los anglos a considerar la posibilidad de nuevos acuerdos con Cuba puede ser amplia, pero también es superficial, intermitente y difusa, sin vertebración política. Por el contrario, el compromiso del *lobby* cubano-americano con su causa es apasionado, profundo y constante. Equipado con abundantes fondos y conexiones internas, su impacto suele ser más concentrado y resuelto. Miami no tiene razones para renunciar a sus objetivos. Ha visto cómo desaparecían en un santiamén regímenes mucho más veteranos que el cubano, y cómo en Europa oriental se devolvían propiedades a sus titulares prácticamente de la noche a la mañana. ¿Por qué deberían los Bacardí aspirar a menos que los Schwarzenberg? Con sus certificados catastrales y sus títulos de propiedad prerrevolucionarios en la mano, los líderes de la comunidad de exiliados están dispuestos a precipi-

¹⁹ Véase, por ejemplo, Steve WASSERMAN, «America's Last Frontier», *Times Literary Supplement*, 24 de marzo de 2000, en el Wiltern Theatre: «La audiencia comenzó a cantar, melancólicamente al principio y luego cada vez con mayor convicción, los versos de una de las melodías estadounidenses más conocidas. Dígase lo que se diga sobre Cuba y Estados Unidos, una *cosy* está clara: que todavía no han roto relaciones», etc. Gilberto Pérez, en «So Close to the Monster», *London Review of Books*, 22 de junio de 2000, es un poco más adusto, indicando acertadamente los elementos europeos de la cultura cubana, aunque también pasa de puntillas por la cuestión del bloqueo. Mención aparte merecen por su afectación lacrimosa las contribuciones de Alma Guillermoprieto en la *New York Review of Books*; véanse «A visit to Havana», «Love and Misery in Cuba», «Fidel in the Evening», «Cuban Hit Parade», 26 de marzo, 11 de junio y 22 de octubre de 1998, y 14 de enero de 1999.

tarse sobre La Habana cuando llegue el momento de la contrarrevolución, confiados en que el único principio que todos los estadounidenses entienden es el de la sacrosanta inviolabilidad de la propiedad privada.

Pero hay un segundo y aún más formidable obstáculo para cualquier relajación del bloqueo. A menudo se preguntan algunos por qué Estados Unidos tendría que mantener su rechazo a establecer relaciones diplomáticas y comerciales normales con Cuba, supuestamente debido al carácter opresivo de su gobierno, cuando desde hace tiempo no le hace ascos a mantener estrechos lazos con China, cuyas calificaciones en materia de derechos humanos, según sus propias estadísticas, son mucho peores. La pregunta apunta obviamente a la hipocresía de la actitud oficial de Washington, pero en el fondo es ingenua. No hay ni un ápice de irracionalidad en la continuada venganza hacia Cuba. El régimen de Pequín fue durante muchos años un aliado estratégico de Estados Unidos contra la URSS, ayudó a mantener en el poder a aliados clave como Mobutu o Zia, y más tarde ha acogido entusiásticamente a las grandes empresas estadounidenses en sus mercados, con sonoros aplausos de los grupos de expertos hayekianos locales. Cuba, por el contrario, lejos de doblar la rodilla ante Washington, enviaba a sus soldados, médicos y maestros en apoyo de los movimientos de liberación nacional en África y América Latina, y sigue resistiéndose al imperio estadounidense y atacando la ideología del libre mercado y la globalización, lo que se aleja diametralmente de las operaciones con productos derivados efectuados en la bolsa de Shanghai. Es, además, un lugar que Estados Unidos ha tendido a considerar históricamente como un anexo mar adentro: la propia Doctrina Monroe tenía como finalidad original adelantarse a las maquinaciones francesas en torno a Cuba en la década de 1820; en la de 1850 intentó comprar la isla a España; en la de 1890 se produjo la ocupación armada, y a partir de entonces hubo varios casos de invasión. La legitimidad imperial estadounidense, tanto en el sentido geopolítico como en el ideológico, está en juego en la evolución futura de la perla del Caribe.

Para comprender la lógica del bloqueo basta consultar los ingenuos pronunciamientos de las más altas autoridades estadounidenses. Los documentos lo dicen todo: el informe de la Administración Clinton al Congreso del 28 de enero de 1997, *Support for a Democratic Transition in Cuba* (completado con un inefable prefacio del propio presidente), y el libro blanco *Task Force Report on US-Cuban Relations in the 21st Century*, copatrocinado por el secretario de Estado con Nixon William Rogers, publicado en enero de 1999 por el Consejo de Relaciones Exteriores. Ese informe va derecho al grano: «Con demasiada frecuencia, las discusiones sobre la política estadounidense hacia Cuba parten de la premisa de que ésta ha constituido durante los últimos cuarenta años un fracaso, cuando en realidad —dice con satisfacción el Informe— esa política, incluido el embargo, ha obtenido un éxito real, aunque no completo», ya que «el objetivo principal de la política estadounidense hacia Cuba durante la Guerra Fría consistía en impedir el avance del comunismo apoyado por Cuba en este hemisferio», en un momento en el que «muchos jóvenes universitarios e intelectuales consideraban a Cuba un modelo económico a seguir». Gracias a las firmes contramedidas de Estados Unidos, que «han frustrado la ambición cubana de extender su modelo económico y su influencia política» se puede decir ahora que «el comunismo cuando está muerto como fuerza política influyente».

¿Qué es lo que viene después? «A partir de ese éxito, Estados Unidos puede emprender ahora la segunda fase de su política a largo plazo con respecto a Cuba», esto es, conseguir la caída del régimen revolucionario. A este respecto –señala el Informe– hay que aprender importantes lecciones de Europa oriental. De hecho, se trata de «una experiencia que permite a Estados Unidos tratar actualmente el problema cubano con mayor flexibilidad que en el pasado», ya que «hemos aprendido algo» sobre cómo gestionar la transición a la democracia en aquellos países. ¿Qué es lo que han aprendido? El *Task Force Report* no se anda por las ramas: «Algunos que anteriormente servían al antiguo régimen, ya fuera por convicción, oportunismo o necesidad, se han convertido en miembros creíbles y constructivos de los gobiernos y sociedades democráticas que van emergiendo allí. Las fuerzas armadas polacas, que a comienzos de la década de 1980 establecieron la ley marcial contra el sindicato Solidaridad, constituyen ahora un socio de confianza de la OTAN». Del mismo modo, «algunos de los que hoy sirven en el gobierno cubano como funcionarios pueden muy bien mañana formar parte de una transición democrática». Por si a alguien se le había escapado la alusión, el Informe de Clinton la plantea aún más claramente: «Hoy en día, el atractivo de la libertad es más sugerente que nunca. [...] Aunque las fuerzas armadas cubanas constituyen uno de los más importantes pilares del régimen actual, podrían quizá desempeñar un papel positivo en la transición cubana. Los militares de otros antiguos países comunistas han consentido o incluso apoyado las transiciones democráticas». Ese giro de 180 grados tendría evidentemente su premio: «Unas fuerzas militares adecuadas a las necesidades cubanas, y que apoyen a un gobierno civil democrático y sean respetuosas con los derechos humanos, pueden aspirar a participar en el Consejo Interamericano de Defensa y en las operaciones internacionales de mantenimiento de la paz, y beneficiarse de una serie de acuerdos de cooperación militar, incluso con Estados Unidos» (*sic*). ¿Qué más podría esperar un oficial?

Confianza

La importancia de las fuerzas armadas cubanas para el planteamiento estadounidense del derrocamiento del gobierno revolucionario se ve alimentada sin duda por los informes esperanzados de los exiliados y de la oposición interna²⁰. También indica, pot supuesto, la seriedad de la decisión de Washington de acabar con su oponente en La Habana, ya que mientras las fuerzas armadas cubanas no sean un candidato adecuado para el «Consejo Interamericano de Defensa» seguirán representando un tremendo obstáculo para la recuperación de la isla por parte de Estados Unidos. El ejército cubano, que cuenta con más de 100.000 efectivos, nunca ha sido una fuerza satélite como el polaco o el húngaro, y no ha sufrido ninguna derrota del tipo de la que humilló al soviético en Afganistán. Hasta en la Casa Blanca debe de haber algunas dudas de que el Pentágono pueda doblegarlo tan fácilmente. Una línea alternativa consistiría en tratar de socavar la revolución mediante una estrategia de penetración comercial y cultural, ofreciendo como cebo incitaciones al consumo para la población en su conjunto, en lugar de sobornar únicamente al cuerpo de oficiales. Esto requeriría una

²⁰ Por ejemplo, Don BOHNING, «Cuban Army Seen as Key to Ouster of Castro», *Miami Herald*, 16 de abril de 2000.

actitud manifiestamente más benigna hacia Cuba, suavizando el bloqueo. Se aprecian signos de que los funcionarios que favorecen ese enfoque han cobrado cierto margen de libertad en los últimos meses, ya que ha crecido el número de permisos del Tesoro para viajar a Cuba y se concedió protección a la estancia de Juan Miguel González en Washington. El rechazo a encontrarse con otra oleada repentina de huidas en masa de Cuba es una consideración adicional que esgrimen cubanos abogan por una licuefacción en vez de la decapitación del régimen. Por el momento, no obstante, la barrera de leyes que bloquean incluso la «normalización» táctica sigue ahí. Gore y Bush son candidatas improbables para su levantamiento.

Tradicionalmente —esto forma parte del legado que Luis Pérez ha explorado tan bien—, los estadounidenses conocen mucho menos de Cuba que los cubanos de Estados Unidos. El conjunto de especulaciones que se efectúan en Washington se estudia con minuciosidad en La Habana. Los funcionarios cubanos suelen estar, en general, muy bien informados sobre Estados Unidos. En la primavera de 1968 algunos líderes del *Students for a Democratic Society*, en una entrevista con Castro, comenzaron a explicarle las tácticas que pensaban emplear en la próxima Convención nacional demócrata; alguien sacó un plane de Chicago, y Fidel comenzó a hacer acertadas y detalladas observaciones. En el momento en que Estados Unidos entra en una nueva campaña presidencial, esperemos que la actual reedición de Hubert Humphrey, recién llegado de su contribución al *affaire* Elián, reciba una acogida no menos briosa en Los Ángeles. Si el bloqueo ha de terminar, no será pronto si la maraña de corrupción y reacción que intriga en Washington se deja llevar por sus propios impulsos. Lo que se necesita ahora es una amplia movilización directa contra el embargo, esto es, un objetivo mucho más preciso que las vagas apariciones de la «globalización», y no sólo la presión a través de canales establecidos, sino el aire fresco de innovadoras e imaginativas protestas cívicas.

El 28 de junio de este año, el presidente cubano concedió una larga entrevista a Federico Mayor Zaragoza, antiguo director general de la UNESCO, en la que analizó la dura prueba de la década de 1990. Según Castro, la recuperación «fue posible porque tuvimos el privilegio de no pertenecer al FMI»:

Hubo tiempos en que nadábamos en un mar de circulación monetaria; nuestra moneda se devaluó extraordinariamente, el déficit presupuestario alcanzó hasta el 35 por 100 del Producto Interno Bruto. Observé visitantes inteligentes asombrarse casi hasta el desmayo. Nuestro peso, la moneda nacional, vie reducido su valor en 1994 a 150 por un dólar. A pesar de esto, no cerramos un solo centro de salud, una sola escuela o círculo infantil, una sola universidad, un solo centro deportivo; nadie fue lanzado a la calle sin empleo ni protección social, aun cuando faltaban combustible y materias primas; no hubo la menor traza de las habituales y odiosas políticas de choque tan recomendadas por las instituciones financieras de Occidente [...] Lo poco de que disponíamos se distribuyó con el máximo de equidad posible. Derrotamos el pesimismo dentro y fuera del país.

En esos años críticos se duplicó el número de médicos, mejoró la calidad de nuestra enseñanza, el peso cubano se revalorizó siete veces, de 150 por un dólar a 20 por uno, entre 1994 y 1998, manteniéndose desde entonces sostenidamente estable. No escapó al exterior un solo dólar. Se adquirió experiencia y eficiencia a la altura del reto inmen-

so que teníamos delante. Aunque no hemos llegado todavía a los niveles de producción y consumo que teníamos al producirse el desastre socialista en Europa, nos hemos ido recuperando con paso firme y visible; los índices de educación, salud, seguridad social y otros muchos aspectos sociales, que eran orgullo del país, los hemos mantenido, e incluso algunos han sido superados. El gran héroe de esta proeza fue el pueblo, que aportó sus grandes sacrificios y su inmensa confianza. Era fruto de la justicia y de las ideas sembradas durante más de treinta años de Revolución. Este verdadero milagro habría sido imposible sin la unidad y sin el socialismo²¹.

El comprensible orgullo del líder cubano por la supervivencia de su nación no incluye doctrina alguna de autarquía revolucionaria ni inmovilismo diplomático. Por el contrario, se deduce claramente de la entrevista, así como de repetidas declaraciones públicas en los últimos años, que el gobierno de La Habana saludaría con agrado cualquier posibilidad real de sacar al país de la cuarentena a la que se le ha sometido, sin daño para su independencia. El régimen revolucionario sigue siendo flexible y abierto, capaz de rápidas iniciativas en el terreno internacional. En la política interior, la cuestión es diferente: ¿puede volver la «inmensa confianza», para decirlo con palabras de Fidel, del pueblo cubano? Está claro que por el bien y el futuro de la revolución habría que poner en libertad a los presos políticos y permitir el regreso de los que supuestamente han desertado, pero que en muchos casos simplemente querían ver algo de mundo, sin temor a que se los encarcele en cuanto vuelvan al país. No hay razón para que la vida cultural en Cuba no vuelva a parecerse a lo que fue en la década de 1960, o en Rusia a mediados de la de 1920, más que a la URSS de la de 1970. En las Asambleas Populares tendría que haber candidatos alternativos y votaciones reales. El cansancio y el aislamiento son poco propicios para el vigor cívico; todo sería más fácil si se levantara el asedio. Pero la pretensión estadounidense de dictar el futuro de Cuba, infligiendo décadas de innecesario sufrimiento a su pueblo, es repulsiva. Estados Unidos haría mejor en atender a los dos millones de presos en sus propias cárceles, sus ejecuciones semanales y sus cada vez más frecuentes matanzas de adolescentes, sus desesperanzados guetos y sus escasos votantes, por no hablar de su política monetaria terminal. Un vistazo al escandaloso informe de Amnistía Internacional sobre los derechos humanos en Estados Unidos basta para apreciar con objetividad la hipocresía de la Casa Blanca. Cuba necesita una democracia igualitaria puesta en pie por los propios cubanos. Pocas expectativas serían tan alarmantes como ésta para la podrida plutocracia de Washington.

²¹ *Granma Internacional*, 23 de junio de 2000.